

Desde Noruega

Las nuevas adicciones

.....
Esperanza Díaz
 Médica

Es de todos conocido que hay personas en la sociedad que son presa de diferentes adicciones más o menos aceptadas y más o menos peligrosas para quien las padece y para la sociedad. Hay quien es adicto al alcohol, otros muchos lo son al tabaco, otros a pastillas o sustancias de diferentes tipos, otros a las máquinas tragaperras... En fin, que no es este, desgraciadamente, tema nuevo ni desconocido para ninguno de nosotros. Lo que cambia con el tiempo y debido al desarrollo tecnológico y del mercado, es a qué nos hacemos, o nos hacen, según se mire, dependientes.

Aquí en Noruega, y me parece que también en España la tendencia es la misma, existen ya pocos adultos, jóvenes, e incluso niños mayores de 8 ó 10 años, que no tengan su teléfono móvil. Menos aún son los dinosaurios que, como yo, no saben mandar ni recibir mensajes. Este es, de hecho, el modo más normal de comunicación entre los jóvenes de hoy en día. Tanto es así que, por ejemplo, la iglesia luterana ha traducido uno de los evangelios a lenguaje móvil, lleno de lo que en español serían «x», «k»,... («kiero k agas kake» en vez de «quiero que hagas un pastel», por ejemplo) para llegar así más fácilmente a los jóvenes.

Por otro lado, aprovechando y fomentando este uso desafortado del móvil, proliferan en la televisión programas de entretenimiento a los que el público puede mandar mensajes desde el teléfono, ya sea para dar su opinión o, más corrientemente, para dar su voto a un equipo o responder a una pregunta que puede ser tan trivial como que cuál de los presentadores

lleva la camisa más bonita. El caso es preguntar para que se conteste, y se aceptan hasta 20 llamadas/votos desde el mismo teléfono. El que escribe el mensaje paga 2 coronas noruegas por enviar un mensaje (25 céntimos de euro) y da a la tecla de repetir el teléfono hasta 20 veces. Ya van 5 euros por contestar cuál es la camisa más bonita. Y así continúan las preguntas.

La noticia ayer venía de las compañías telefónicas, que cada vez más frecuentemente tienen que cobrar facturas de teléfono desorbitadas a jóvenes que no pueden pagar. Llegan a ascender a 7000 coronas (unos 850 euros) en el transcurso de un fin de semana viernes-domingo sentados frente al televisor. Como ocurre siempre que algo da dinero, ya se han hecho estudios sobre el tema. Parece que este tipo de programas crean una adicción, especialmente entre los más jóvenes, que no es fácil de explicar, pero que se sitúa en la línea de drogas más fuertes.

Este hecho, que sólo es uno más en la trágica escalada de drogas que el primer mundo ha experimentado en las últimas décadas, acerca peligrosamente la problemática de la adicción a la gente corriente, a nuestros adolescentes. Puede que en este caso el comportamiento adictivo no conlleve graves problemas de salud, y es poco probable que se convierta en un problema de seguridad ciudadana en el sentido en el que lo hacen otras drogas. Pero no por ello es menos importante preguntarse cuál es la razón de este nuevo comportamiento.

Ya no es sólo estar como un pelele delante de la televisión durante inacabables horas, sino utilizar más recursos de los que se disponen para interactuar con la máquina, para que nuestro voto se «vea» al otro lado, para



conectar con la gente bonita que está detrás de las cámaras. Para entrar en una realidad que es virtual para nosotros, pero que, llegados al extremo, se convierte en la única realidad. La nueva droga, la interacción televisión-móvil, utilizado éste sin los límites que normalmente tiene, parecen que cumple a la perfección el papel de llenado del vacío existencial. Es la medicina que calma la dificultad de ser protagonista de su propio proyecto vital.

Parece entonces que no es suficiente con anuncios para que uno a prenda a decir no a esto o aquello. Resulta que, por mucho que los jóvenes vayan a la escuela, no consiguen, en muchos casos, encontrar en su propia vida un aliciente para seguir viviendo y poder proyectarse hacia el futuro y hacia los otros. Especialmente cuando el mundo que les rodea cada vez pone más fácil el convertirse en individuos-sofá a la vez que se vive en la ilusión de estar participando en la comunidad, que al fin y al cabo lo que sale en la televisión es lo que en realidad cuenta.